

BIBLIOGRAFIA PICASSIANA

Julián Gállego

Trazar un balance de la bibliografía picassiana en un homenaje al gran pintor en su muerte tiene algo seco y antipático, burocrático y frío, de recaudador o de notario, que viene a recordarnos, con voz monótona, que la vida sigue cuando el hombre muere, y que una vez marchitos los crisantemos y los laureles de las coronas fúnebres, una vez retirados el paño rico y las cuatro tablas del catafalco, una vez ventilada la nave del fétido olor de los cirios, una vez intercambiados pésames y cotilleos con personas que jamás habíamos visto antes, llega el momento de hacer cuentas y de saber lo que heredamos, si es que heredamos algo. Me ha tocado en suerte o en desgracia en esta sesión académica este seco rabo bibliográfico donde antes se prendían, lozanas, las obras vivas del artista, sin tiempo ni luces para agotarlo, ni para enjuiciarlo siquiera en su conjunto. Y hartos serían si consiguiera en diez breves minutos, sin aburrir a ustedes, darles cuando menos una idea de la complejidad de una bibliografía como jamás ha merecido artista alguno.

Picasso ha fallecido el pasado 8 de abril, a los noventa y dos años de edad. Lo más extraordinario no es esa longevidad, en su duración, sino en su efectividad. Hasta esa fecha seguía proliferando la bibliografía sobre el artista y el hombre, como seguía fluyendo su obra. No ha sucedido con Picasso como con otros artistas, que, antes de traspasar definitivamente los umbrales del más allá, parecen recogerse en una zona neutra, en un "no man's land" de silencio, penumbra y olvido, que hace que los sobrevivientes nos preguntemos, a menudo, si todavía existen. Picasso ha vivido, en el más pleno sentido del verbo, hasta el último 8 de abril, y desde el 25 de octubre de 1881. Y como ya antes de los veinte años comenzó a merecer que su nombre se imprimiera con insistencia casi obsesiva, podemos asegurar que existen tres cuartos de siglo de una bibliografía copiosísima y enrevesada, que está esperando a su Gaya Nuño para que termine de hacer con ella lo que nuestro amigo hizo con la de Velázquez: buscar, ordenar, resumir, calibrar... Pensemos que la primera crítica hasta hoy conocida de un cuadro de Picasso aparece en el *Diario de Barcelona* de 25 de mayo de 1896, en la crónica de Miguel y Badía sobre la Exposición Municipal de Bellas Artes: *La primera Comunión* de Pablo Ruiz Picasso,

obra de un bisoño, en la cual se advierte sentimiento en los personajes principales y trozos apuntados con firmeza". ¡Casi pudiera ya ser con su sentimiento y firmeza un comentario del "Guernica" de 1937!...

Cuando recibí la triste noticia de la muerte del gran español, tenía en la mesa, porque acababa de recibirlos, dos libros dedicados a Picasso, que no he tenido tiempo aun de leer enteramente, los de Jean Leymarie y Gaëtan Picon, el primero, de gran formato y excelente documentación, *Picasso. Métamorphoses et unité* publicado en Ginebra; el segundo, de igual origen en esa colección de "Les sentiers de la création" que trata de desentrañar o, cuando menos, de destapar un tanto, el misterioso puchero de la creación artística, con ayuda de autores tan de nuestro tiempo como Ionesco y Roland Barthes, Le Clézio y Alechinsky, Prévert y Francis Ponge, Michaux y René Char... El director de la colección, Sr. Picon, ex-director general de Bellas Artes (o cargo equivalente en Francia) trata en este tomo de desvelarnos la elaboración de una de las obras más discutidas de Picasso, *La chute d'Icare* del palacio de la UNESCO de Paris, con ayuda de una asombrosa documentación gráfica, que muestra los tanteos, idas y venidas de aquel que presumía, según dijo (o dicen que dijo), de encontrar sin buscar. Tenía también a mi vista las pruebas de dos artículos que había yo escrito, uno la crónica de Paris del número 112 de la revista de arte "Goya", dedicada en su mayor parte a las dos exposiciones de Picasso en la galería Louise Leiris, de diciembre a febrero últimos, una de dibujos, otra de grabados, obras que el inquieto anciano había realizado hasta el pasado agosto, mientras iba preparando su gran exposición de pinturas, prevista para el próximo verano en el Palacio de los Papas de Aviñón, y que resultará póstuma; otro, un comentario para "Insula" del mes de mayo, titulado "Picasso para menores", sobre una revista infantil, que también tenía, desde hacía pocos días, en mi escritorio, la publicada en Paris con el título de "Okapi" y que dedicaba (nº 33) un excelente suplemento en color de 16 páginas, de una claridad que no haría daño a muchos de nuestros compatriotas, al arte y la vida de quien "dans le monde entier [il] est le peintre et sans doute l'homme, le plus connu du XXe. siècle"... Piensen ustedes en la absoluta exactitud de esa frase; y piensen, por un momento, en el posible millón de artículos, estudios, libros, álbumes de reproducciones publicados sobre Picasso desde aquella crítica de 1896 a este elogio para niños en 1973... y el aluvión casi cósmico de comentarios de toda clase provocados por su muerte, a los que no seré yo quien tire la primera piedra, por haberlos cometido con tal empeinamiento desde hace mes y medio que debiera ya haberme apartado del tema, y todavía reincido...

Pero antes de que los árboles empiecen a taparnos el bosque, es ya tiempo de que contemplemos su masa, infinita y prolija, de la que despuntan algunas altas copas. Esa selva confusa, en la que durante tres cuartos de siglo han brotado juntas las plantas más diversas, grandes y pequeñas, útiles y viciosas, venenosas y nutritivas, habremos de dividirla en secciones o campos, como un bosque francés, de esos de las afueras de Paris que Picasso visitaba en su mocedad. Hemos, por lo pronto, de apartar aquellos artículos de periódico que tratan, más que del arte de Picasso (es decir, de Picasso como pintor, escultor, ceramista, decorador, grabador, autor...) de Picasso personaje pintoresco y famoso, como Chaplin o Soraya, pero más; y no porque el desbrozador que desbrozare esa selva oscura haya de suprimirlos, sino porque son innumerables y no tenemos más que diez minutos, que pasan todavía más

aprisa que los noventa y dos años de Picasso. Picasso no buscaba esa publicidad (como acaso la busca Salvador Dalí); la publicidad lo buscaba a él, para que fuera su valedor. Sólo unos pocos esquimales, unos pocos jíbaros, unos raros pigmeos, algún solitario y rezagado penitente de la Anatolia, ignoran a estas fechas (si es que lo ignoran) que hubo un hombre llamado Picasso, que amó sucesivamente o simultáneamente a siete mujeres, como Enrique VIII amó a seis y Barba-Azul a ocho. Pero sería injusta rechazar, *pêle-mêle*, toda la bibliografía "frívola" de Picasso, porque puede darnos lo que los Vasaris y Pachecos nos negaban: el hombre vivo, defectuoso, vano, contradictorio, en vez de el semi-dios momificado. De Miguel Angel, que fue, antes de Picasso, el artista que más tinta ha hecho gastar, todavía no sabemos si prefería a Vittoria Colonna o a Tomaso Cavalieri. De Picasso sabremos absolutamente todo, hasta la cuenta del restaurante, hasta su número de calzado, hasta el medicamento favorito contra la tos, hasta la náusea... Y no serán los peores testigos, aunque apasionados, sus compañeras y sus amigos. Bajo este punto de vista, son particularmente preciosas aquellas obras escritas por pintores o aficionados, que nos revelan el ambiente que reinaba en el taller del artista en el misterioso momento de poner al fuego el antedicho puchero de la creación. Destacaré el libro de su primera amante, Fernande Olivier, *Picasso et ses amis* (Paris, 1933) y el de la última conocida, antes de su segundo matrimonio, el tan injustamente execrado *Vivre avec Picasso* de Françoise Gilot (con C. Lake, Paris, 1964), en unión de los de su secretario, biógrafo y amigo fidelísimo Jaime Sabartés, como *Picasso, retratos y recuerdos* (Madrid, 1953), *Documents iconographiques* (Ginebra, 1954), *Les bleus de Barcelone* (Paris, 1963), etc. Hay y habrá también libros y estudios que enjuicien la postura de Picasso en relación con la historia, con la política, con la sociedad: la actitud de un personaje de talla no es jamás indiferente. Para ello habrán de enfriarse rencores. Los de Helene Parmelin, esposa del pintor Pignon, nos dan el ambiente de veneración cuasi-fanática que rodeaba al Maestro en su capillita laica tras la desertión de la Gilot: *Picasso sur la place* (Paris, 1960), *Notre-Dame de Vie* (Paris, 1966), etc. En esa sección, difícil de agotar, porque cada cual quiere atestiguar sobre los gloriosos, cabe destacar también las obras de Jean Cocteau, *Le rappel a l'ordre* (Paris, 1926); Max Jacob, *Souvenirs sur Picasso* (Paris, 1927); André Salmon, *Souvenirs sans fin* (Paris, 1956); D. H. Kahnweiler, *Confessions esthétiques* (Paris, 1963); Brassai, *Conversations avec Picasso* (Paris, 1964); E. Quinn y Roland Penrose, *Picasso à l'oeuvre* (Paris, 1965); la célebre autobiografía de Gertrude Stein (1934); *The private world of Pablo Picasso* (D. D. Duncan (N. York, 1957); su biografía por Antonina Vallentin (Paris, 1957), muerta, por desgracia, mucho antes que su biografiado; y las obras tan apasionadas como documentadas de Josep Palau i Fabre, fruto de largas entrevistas pacientes, como *Picasso y Cataluña* (Barcelona, 1966), etc.

Dejando en segundo plano al personaje y sus anécdotas, cientos de libros se dedican a estudiar su arte. Aquí se ha de tener en cuenta que Picasso ha sido protagonista de movimientos estéticos de los más importantes de nuestro siglo; incluso cabría decir que no está ausente de ninguno, pues su curiosidad le lleva a penetrar por terrenos ajenos y su potencia creadora le hace modelo (incluso aborrecido) de estéticas que creen serle contrarias, como por ejemplo, la abstracción geométrica, el expresionismo abstracto, el "art autre", el "pop-art", la nueva figuración, etc., al escribir cuyas historias no cabrá silenciar el nombre de Picasso. Claro está que los

historiadores del Simbolismo, del Cubismo, del Surrealismo, del Expresionismo, conceden a Picasso el gran espacio que merece. Con ello nos damos cuenta de que en la mayor parte de las historias del arte universal, o de cualquier tendencia artística importante contemporánea en particular, ha de haber un capítulo picassiano, que multiplica su bibliografía hasta la inmensidad.

Respecto a los estudios sobre Picasso, en sí, pueden abarcar toda su obra (naturalmente, hasta el momento de la publicación, lo que hace que todos sean tan incompletos, como la vida de Ginés de Pasamonte escrita por él mismo: incluso el de Jean Leymarie, que comprendía el año 1971; lo que no dudo ha de producir una nueva y tremenda floración bibliográfica de libros sobre "todo Picasso"(1881-1973). O bien un aspecto de ella, ya sea en relación con una determinada estética (cubismo, surrealismo), ya sea por su propio estilo (la época rosa, la época de Antibes), ya sea por centrarse en un grupo de obras (por ejemplo las variaciones sobre "Las Meninas" de Velázquez), sobre una obra determinada (como "La caída de Icaro", antes citada), o sobre un aspecto de la actividad picassiana (por ejemplo, el teatro). Pero no se alarmen ustedes: no voy a leerles una lista interminable de nombres, entre los que habría que citar absolutamente a todos aquellos que se han interesado por los estudios de arte contemporáneo... y a muchísimos más. Basta decir aquí que entre los más acreditados estudiosos de Picasso figuran Apollinaire, Paul Eluard, Roland Penrose, Claude Roy, Maurice Raynal, Paul Reverdy, Waldemar George, Wilhelm Uhde, Jean Cassou, Robert Desnos, W. S. Lieberman, A.H. Barr (cuya obra *Picasso, Fifty Years of his Art*, N. York, 1946, tiene una excelente bibliografía hasta esa fecha), Tristan Tzara, Claude Roy, H. & S. Janis, H. F. Mackenzie, Franco Russoli, Fernand Mourlot, Wilhelm Boeck, Gustave Diehl, Douglas Cooper, Jean Berger, H. Jaffé, Pierre Daix, Pierre Dufour, Denis Sutton, Anthony Blunt, Frank Elgar, Enrico Prampolini, William Gaunt, Giulio C. Argan, S. & G. Ramié, M. Jardot, J. Rosenberg, etc, etc. etc.... y los que vendrán...

Dentro de esta pléyade, no faltan ciertamente los españoles, por más que por envidia (el pecado español según Gracián) se eludiera alabar a Picasso en años en que podía hacerse (de ello es testimonio un artículo de Manuel Abril en "Blanco y Negro", en 1934), y por política, más tarde, se llegara a silenciar su nombre. Ya don Eugenio d'Ors publicó en París, en 1930, un estudio sobre *Picasso*, al que siguió *El Arte de Picasso*, en Madrid, 1945. En 1947, el poeta Juan Larrea editaba en Nueva York un comentario sobre el cuadro *Guernica*. Sobre la época de formación del genio publicó Alexandre Cirici Pellicer su *Picasso avant Picasso* (Ginebra, 1950) y J. R. Rafols aludió extensamente a él en su *Modernismo y Modernistas* (Barcelona, 1949) y Xavier de Salas sobre Picasso y Barcelona. Sobre su aspecto cubista, tras la *Completa y Verídica Historia de Picasso y el Cubismo* que Ramón Gómez de la Serna publicó en "Revista de Occidente" en 1930, luego como libro en Turín, 1945, salió la monografía de J. A. Gaya Nuño en 1950. Con la monumental *Picasso y el Cubismo* de José Camón Aznar (Madrid, 1956), España inicia un movimiento de apasionada devoción picassiana. El estudio sobre *Picasso sculpteur* publicado por Julio González en los números 6 y 7 de "Cahiers d'Art", II (París, 1936) y el *Picasso ceramista* de J. Sabartés (Milán, 1953) ilustran campos particulares de la actividad del malagueño y de la propia bibliografía hispánica, en la que no cabe aquí agotar los nombres famosos desde Rafael Alberti hasta Luis Miguel Dominguín.

Recordaré en especial a J. A. Gaya Nuño, de quien esperamos una definitiva bibliografía picassiana, crítica y antológica, que complete la que publicó en Puerto Rico, en la revista "La Torre", de la Universidad Rio Piedras, en 1966, que abarcaba hasta 1965.

Y todavía no hemos aludido a lo que es fundamental para el estudio de un artista: los catálogos de sus obras y de sus exposiciones, herramientas indispensables para el historiador, especialmente ahora, cuando ya dejan de ser meras listas de nombres para guarnecerse de todo el aparato documental y crítico que el estudio serio de una obra merece. Christian Zervos comenzó en París, en 1932, en sus ediciones de "Cahiers d'Art", la publicación, año por año, del catálogo razonado de la obra de Picasso, que va en su 24º tomo y que ahora será posible rematar, con las obras de los últimos años. Sobre la obra grabada se habrá de consultar el catálogo de Bernhard Geiser, iniciado en Berna en 1933, reeditado y mejorado en el 55, con ayuda de H. Bolliger y de G. Bloch; el de sus litografías por Mourlot, desde 1950, París; el de los libros ilustrados por él, por Matarasso, de 1960... Pero como Picasso produjo sin descanso hasta el momento de su fallecimiento, sólo ahora podrán ponerse al día esos catálogos, siempre desfasados. Respecto a los de exposiciones, habrán de consultarse todos, tanto los generales (iniciados en París por el de la "Exposición Universal de 1900", en cuya sección española -nº 79 del catálogo- figuró el cuadro de Pablo Ruiz Picasso *Les derniers moments* (probablemente se trata de "Ciencia y Caridad") como los particulares, el último de los cuales será (por ahora) el del Palacio de los Papas de Aviñón del próximo verano. Son muy destacables los de la galería Louise Leiris, marchante de Picasso, los últimos de hace sólo unos meses, con la reproducción de todas las obras allí expuestas; y los de las grandes retrospectivas de Zurich, 1932; N. York, 1939, 1957 y 1962; Londres, 1945, 1956 y 1960; Lyon, Roma y Milán, 1953; Sao Paulo, 1954; Filadelfia, 1958; Montreal, Toronto y Tokio, 1964; Tel Aviv, 1966; París, 1967 y 1971 y Aviñón 1970. En este aspecto, la aportación española, aunque modesta, no carece de interés, en especial en las exposiciones de Madrid, Barcelona y Bilbao de 1936.

He aludido a los libros ilustrados por Picasso, que cataloga H. Matarasso. Ellos forman, aún, otro campo espléndido de la bibliografía picassiana, en alguna ocasión concebidos sobre una idea o un texto del artista, en otras puestos al servicio de un texto ajeno, antiguo o contemporáneo. Descuellan los libros de textos españoles, como los veinte poemas de *Góngora* (París, 1948), el *Arte de torear* de José Delgado, Pepe-Illó (Barcelona, 1959) o *La Celestina* de Fernando de Rojas, una de las últimas obras que Picasso ilustró (París, 1971). Pero no se han de olvidar en aras de un nacionalismo mal entendido las ilustraciones de los de Balzac, Ovidio, Aristófanes, Buffon, Eluard, Reverdy, Merimée, René Char...